

**SEMANA DE  
LA EDUCACIÓN  
ARTÍSTICA  
2023**



**Carta abierta de María Fedora  
Peña, hija de Jorge Peña Hen,  
presentando a su padre.**

## **A LOS NIÑOS, NIÑAS Y JÓVENES DE CHILE CON AFECTO, LES PRESENTO AL MAESTRO JORGE PEÑA HEN, MI PADRE.**

Él fue un compositor y director de orquesta chileno que amó a la música y al ser humano por sobre todas las cosas y dedicó su vida y sus capacidades a difundirla y ponerla al alcance de toda la gente y especialmente de los niños, niñas y jóvenes de nuestro país y de América Latina.

Jorgecito o Choche como lo llamaban de niño, fue el primogénito del Dr. Tomás Peña y de Vitalia Hen. Nació un 16 de enero de 1928 y desde temprana edad demostró especial interés por la música. A los tres años su juego favorito era armar una orquesta sinfónica con los libros de su padre y dirigir con un palillo de tejer de su madre. Más tarde estudió piano, teoría y solfeo, violín y viola; compuso su primera obra a los catorce años y una vez terminado el Liceo, continuó el camino de la música en el Conservatorio Nacional donde entró a estudiar Composición y Dirección Orquestal. Allí conoció a la estudiante de piano Nella Camarda, se enamoraron, se casaron y partieron a vivir a La Serena, donde comenzó la tarea de fundar la Sociedad Bach, eje y pilar de la Orquesta Filarmónica, el Coro Polifónico, el Conservatorio Regional y todo lo que significó la febril actividad en pro de la música y la cultura, en una ciudad en la que no había nada, y gracias a Jorge Peña llegó a ser el faro musical de Chile.

Hace cincuenta años que el Maestro no está entre nosotros; tuvo una corta y prolífica existencia sesgada por la barbarie el 16 de octubre de 1973; sin embargo la semilla musical que él sembrara y que la sin razón prohibió, prosperó como la hierba en tierra fértil, brindando frutos a las postreras generaciones de músicos, desde aquellos que tuvieron el privilegio de conocerlo y gozar de su presencia y talento, como de las generaciones posteriores que continúan difundiendo la huella perenne que nos legó. Los primeros recuerdos que guardo de mi papá, son en La Serena, cuando tenía yo tres años y mi hermano Juan Cristián era un recién nacido; en nuestra antigua casa de calle Infante 344, con huerto, gallinero, árboles frutales y una inmensa higuera en la que mi papá colgó un columpio que construyó para mí, durante su escaso tiempo libre destinado a la carpintería, una de sus aficiones perdilectas. Hizo también un enorme auto sin ruedas, pero con techo y volante, donde yo me sentaba; un galeón pirata, con cañones y mástiles, barandas torneadas y cortinas de encaje que hacía flotar en la tina de baño; a mi hermano años después, le hizo una casa en la copa de un árbol y fabricó el primer violín para la orquesta de niños. Pero sin duda su mayor afición era coleccionar trenes Märklin. Pasaba las tardes de domingo armando locomotoras y vagones, haciendo las conexiones eléctricas de los semáforos y las tornamesas; iluminando estaciones en pueblos remotos, instalando puentes, fabricando montañas y pasos a niveles de cartón piedra que luego pintaba con témpera.





Le gustaba nadar en la playa, sorteando las olas con Bonzo nuestro bóxer; era un buen dibujante y un excelente prestidigitador. Sacaba monedas y billetes de mi melena. Era mi héroe indiscutido, ya fuera con frac sobre el podio, enseñándome la historia del arte o la epopeya del hombre.

Sin duda la música y todo lo que la rodeara era su vida y pasión. En octubre programaba el año siguiente instalando una enorme cartulina sobre la mesa del comedor y en cada recuadro ponía fecha y hora desde conciertos y festivales, hasta retablos de navidad y viajes a Santiago al Congreso para obtener Leyes de subvención a la música, la orquesta, el Conservatorio, la Escuela, etc., cada día trabajaba como si fuera el último; y por las noches mientras dormíamos, mi papá escribía música sentado en la mesa del comedor, con un "cafecito" y un cigarrillo entre los labios. Cada tanto se sentaba al piano, tocaba unos acordes y regresaba a la partitura otra vez, para continuar su inconfundible caligrafía musical con la lapicera Parker de tinta negra que le regalaran sus padres cuando terminó el Liceo y que lo acompañó hasta el final de su vida.

El piano fue componente fundamental de nuestra familia, porque mi mamá hacía clases en el conservatorio y estudiaba muchas horas diarias cuando preparaba conciertos. Cuando cumplí seis años mi padre me compró un violín pequeñito; así cada lunes y jueves caminábamos tomando helados por las estrechas calles serenenses hasta el Conservatorio; yo cargando mi violín y él ensimismado en su canturreo indescifrable. Después a los 12 años, fui concertino de la primera Orquesta Sinfónica Infantil y viví la sublime experiencia de ser dirigida por mi papá. Nunca olvidaré su rostro transfigurado por la emoción y el final cuando me daba un fuerte apretón de manos.

Él fue un ser creativo y con gran capacidad de liderazgo. No se le iba nada, estaba en todos los detalles. La disciplina, el trabajo y una enorme cuota de optimismo sumado a su talento, eran el resultado de la excelencia. Era estricto y exigente; no aceptaba atrasos y menos llegar a ensayo sin la parte aprendida. Clavaba su severa mirada y ivolábamos! Lograba lo que se proponía; aunque pareciera un proyecto inalcanzable. Y por cierto era a la vez muy despistado. Un hombre que de algo cotidiano hacía una epopeya, una obra de arte, un momento inolvidable. Así por ejemplo cuando nació, llevó el coro a casa y lo escondió en una habitación. Cuando mi madre llegó desde el hospital con su guagua recién nacida, el coro entró cantando *For unto us a child is borned del Mesías* de Händel. Años después, al ver mi libro interactivo de *La Cenicienta*, compuso su célebre ópera infantil *La Cenicienta* y la llevó por Chile con sus niños músicos y cantores. Todo conseguía para sus niños de la Escuela de Música que creó y lleva su nombre. Era un colegio gratuito donde los niños aprendían a conocer la matemática, la historia, la literatura y las ciencias, también podían aprender



danza y actuación y por sobre todo, aprendían a tocar un instrumento, a leer la música e integrar una orquesta o banda infantil. El quehacer musical en equipo es la ruta infalible para cimentar una sociedad sana. Ese fue su mayor legado. De allí salieron músicos que integraron orquestas en Chile y el mundo llevando la semilla del maestro y han continuado esparciendo su obra hasta hoy. Un legado que engrandece a Chile y a su gente, un patrimonio que nos enaltece como seres humanos y nos compromete como sociedad a continuar su tarea.



***Lo que estamos haciendo nosotros es planteando un nuevo enfoque de lo que debe ser el cultivo de la música en Latinoamérica*** Palabras del Maestro Jorge Peña Hen a los niños de la Orquesta Sinfónica Infantil Pedro Humberto Allende, primera de su especie en Chile y Latinoamérica.



**MARÍA FEDORA PEÑA**